

EL BALUARTE

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 180

Sevilla—Jueves 8 de Agosto de 1901

AÑO XXV

Obstáculos irreductibles

No hay nada de qué hablar, porque eso de la disidencia para el otoño no es más que un reclamo para sacar alguna ventajilla en la combinación de gobernadores, ó un entretenimiento de los políticos que veranean para dar que referir á los *reporters* y á los encargados de las informaciones periodísticas. Con decir que *El Liberal*, aparte anuncios y reclamos, consagra á toros y toreros un tercio de su número del lunes, está dicho todo.

Mucho hablar de la reorganización de los servicios, y á esta fecha no hemos conseguido averiguar si los ministros ponentes han ultimado su trabajo, ó si tienen que volver á reunirse para presentar al Consejo la ponencia. Falta por conocer la parte más interesante de la ponencia, que consiste en si conviene disminuir ó aumentar los gastos.

Cómo piensan los señores ministros, cosa es que no ha llegado hasta nosotros; pero, á juzgar por ciertos indicios, de aumentos se trata, más que de disminución de los gastos.

Siempre fuimos partidarios del presupuesto grande, por razones que anteriormente hemos expuesto, y porque, dada la situación de España en el continente europeo, lo ambicionado de nuestras provincias insulares y de nuestras posesiones de África, y la ambición de alguna potencia europea de posesionarse de algo de nuestro litoral, no basta que nosotros queramos vivir aislados, es necesario que nos dejen; como no basta tampoco el apartamiento de toda querrela extraña si llega el conflicto y se realiza la agresión por parte de algunos beligerantes.

De forma que, queramos ó no queramos, se imponen aumentos en nuestras defensas de tierra y en nuestros elementos de combate marítimos. Como para nuestro desarrollo intelectual hace falta fomentar la instrucción en todos sus grados, singularmente la primaria, y concluir con ese cúmulo de disposiciones que han embarrullado la enseñanza de tal forma, sobre todo en los Institutos, que nadie sabe lo que estudia ni lo que necesita estudiar para llegar al bachillerato.

La organización de la enseñanza, su necesaria dotación de material, de que se carece, y el pago á los maestros, aconseja necesariamente un aumento en los gastos de este departamento.

El desarrollo de los intereses materiales, la realización de obras públicas de notoria utilidad, demandan crecimiento en el gasto que, indudablemente, bien empleado, ha de ser reproductivo, y por aquí no se va perdiendo nada.

Que vea el país que lo que se gasta tiene una inversión sin filtraciones ni distracción de fondos, ni cambios de ese capítulo útil á una necesidad caciquil, y dará por bien empleado lo invertido, porque apreciará el progreso moral y el mejoramiento en el orden material.

¿Pero es que esto es compatible con el régimen, con el sistema, con el gobierno actual? Aquí el gran trabajo. El régimen actual es completamente ineficaz para todo lo nuevo, que condena y anatematiza, porque significa un progreso democrático, y los gobiernos de la monarquía, por servir á su señor, son enemigos declarados de la democracia aunque otra cosa afirmen.

El presupuesto grande necesita una España expansiva y francamente liberal, abierta á todas las conquistas de la ciencia, á todos los progresos de las ideas y á todas las manifestaciones del pensamiento humano que constituyen los ideales de las escuelas democráticas.

De poco servirá hacer ejército, crear armada, fortificar nuestros puertos, cubrir bien las plazas ambicionadas, si, como en Cuba y Filipinas, nos hemos de rendir sin lucha, repatriando el ejército sin haber visto siquiera al enemigo.

De estos gobernantes no podemos prometernos otra cosa que un nuevo tratado de París. De poco servirán las iniciativas para poner la instrucción al servicio de la ciencia, si viene el veto vaticano ó la ingerencia del fraile y del papa á deshacer toda la labor.

Cuanto se intente para el desarrollo de los intereses materiales, luchará siempre con el ca-

caique, con el político encumbrado, con el senador influyente ó con el banquero adinerado, de extensísima clientela de personajes á quienes ayuda á dulcificar la vida para redondear sus negocios.

Por eso todo esto de la organización de los servicios nos parece chanza; y cuando se habla del aumento de los gastos para la mejor dotación de los servicios públicos, nos aterra pensar lo que se nos va á venir encima, y no acertamos á explicarnos cómo no ha estallado ya la indignación de todos los paganos, y cómo no se han alzado hasta las piedras contra estas demasías de los gobiernos restauradores y regentivos que, después de haber perdido las colonias y habernos deshonrado y arruinado para proteger a vaticanismo y á la frailería, declarando al Papa y al rey superior á la Nación y al pueblo, se atreven á hablar de reorganización de servicios y tienen el atrevimiento de intentar aumento en los gastos para ensanchar más el presupuesto eclesiástico y para satisfacer las ambiciones de los que amparan al régimen en fuerza de dinero y de favores.

Esto es infame y el colmo del descaró, y no debe tolerarse.

A. A.

Nota del día

Sí, sí... tiene mucha razón el señor D. Cristóbal de Castro, quien dice que el hombre es el eterno Caín.

La paz, la santa paz, la augusta serenidad del espíritu, no existe.

Donde quiera que esté el hombre, allí están con él sus inseparables compañeros la ambición, el odio, el interés, la envidia y todo ese semillero de pasiones que, á buena cuenta, componen el todo de esta charada que no descifraremos nunca, y á la que denominamos vida humana.

Indítil será que bajemos desde el palacio á la cabaña, que subamos desde el mar al arroyo, que crucemos todos los continentes: en donde haya un hombre habrá un Caín.

Torpeza grande es que la Naturaleza nos haya dotado de esta inteligencia que nos hace orgullosos y vanos, hasta el extremo risible de considerarnos rey entre todos los animales. La inteligencia en nosotros es un tormento, porque ella nos revela nuestra pequeñez.

El hombre no es más que un factor entre tantos factores, un componente más, quizás innecesario, en la vida del Universo.

El arroyo existiría sin el hombre, y el hombre no existiría sin el arroyo.

Nada hay grande que no sea multiplicación de lo infinitamente pequeño.

El espíritu humano no hallará la paz, la santa paz augusta, porque la paz sería la muerte, y la muerte no existe.

La pasión es vida, es lucha, y en donde quiera ésta se manifieste, allí está el hombre, allí está Caín.

El sosiego, la ventura, la felicidad... ¡señue los encantadores de la existencial!

Así como no hay hombre bueno, sino hombre malo y meaos malo, así no puede haber existencia tranquila, perpétuo sosiego, vida feliz... sino vida mala y meaos mala.

Y la gloria en el cielo... ¡para alivio de los tontos!...

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Los españoles estamos ahora en época de fiestas.

Los balnearios rebosan de gente feliz é independiente, y en las esferas de la política reina la quietud más santa.

El único que trabaja y se desvela por nuestra felicidad es el Gobierno. Los señores ministros se han negado rotundamente á descansar este verano; y hasta nuestro querido Matusalem liberal, el invicto riojano, ese Fausto de pimiento mojado que preside los Consejos de la Corona—¡así se dice!—está en Madrid trabaja que trabaja.

Urzaiz, ministro de Hacienda con dos zetas, pasa las veladas acuñando y desacuñando nuestra plata *menúa*, y dando órdenes para que la Casa Moneda no labre más plata, porque con los papeles mojados del Banco tenemos bastante. Se están haciendo las pruebas de las monedas de níquel, á ver si con ellas salvamos nuestra apurada situación. Después... se procurará poner en circulación algunas monedas de hierro fundido para evitar disgustos á los falsificadores, porque serán iguales á las que ellos labran, y ya no habrá necesidad de molestar á la policía.

El señor Marqués de Teverga comenzó su árdua labor por poner á su hijo en condiciones de vivir del presupuesto nacional todo lo mejor posible, haciéndole subir de sargento á general dentro de la judicatura... ¡Qué buen padre de familia será este señor Teverga, y qué liberal más francote!

El señor Duque de Veragua, primo hermano por la sábana baja del Sr. D. Cristóbal Colón—¿por qué no ha de tener *don* este hombre?—se halla entretenido ajustando las cuentas de los diques; porque aquí se da el caso original de que cuando teníamos barcos, no había diques, ni hacían falta; y ahora que hay diques, y ninguno sirve para nada, no hay barcos.

El Sr. D. Valeriano Weyler, el de la V sencilla y la W doble, recorriendo las tierras de Castilla y recordándoles á sus subalternos el deber que tienen de morir por la patria heroicamente, como hubiera muerto en Cuba el general Blanco á no habérsele olvidado la consigna.

El ínclito Conde de Romanones—con cédula de séptima clase—empeñado en enredar la enseñanza más que lo está. En el curso próximo, la química se empalmará con la psicología, y las matemáticas con el Derecho romano. Nadie podrá enseñar á la juventud sino aquellos que, oficialmente, hayan adquirido la ciencia barata mediante su título oportuno. Quedará prohibido terminantemente que aquellos profesores que han entrado por la puerta falsa de la enseñanza, y que no saben una palabra de lo que están obligados á enseñar, se presenten ante sus alumnos sin albarda: deberán llevarla puesta como signo clarividente del porvenir que les espera á los alumnos oficiales que lo escuchen.

El Sr. Ministro de Obras públicas está haciendo experiencias á ver cómo emprende obras de albañilería, suprimiendo toda clase de mezcla y cemento; habrá de labrarse en duro, ladrillo sobre ladrillo, ó piedra sobre piedra, y cuando se caiga... al que le dé, que perdone.

Todos nuestros ministros, en fin, apesar del calor que hace, ni duermen ni sosiegan, preparándonos, para el próximo invierno, nuestra felicidad.

¡Ah! se me olvidaba. Los billetes de la Lotería de Pascua están puestos á la venta.

¿Quién quiere uno?...

En menos de dos semanas se han fugado en Barcelona, por malos tratos domésticos ó quizá por otras cosas, veinticinco niñas jóvenes, según dicen muy hermosas. Esas no son catalanas, sino que son españolas... Por lo menos, sus costumbres... marcharse como unas locas, como hacen las castellanas, y como hacen las de Ronda, son costumbres conocidas por costumbres españolas. —Pero... ¿solas se han marchado? —A la presente se ignora; ¡pero es seguro, seguro, que precisamente solas no estarán!... ¡Aunque ahora eso se está poniendo de moda!

Los amigos y admiradores de Leopoldo Alas *Clarín* han reunido en un periquete 22,000 pesetas para comprar la casa en que falleció escritor tan ilustre.

Y una vez que la hayan comprado, irán al cementerio á decirle:

—Leopoldo: ¡Ya no tienes que bregar con el casero! Descansa en paz.

¡Esto es muy español! Después de muerto: —¡Pobrecito! ¡Qué bueno eral!

En Murcia se han descubierto...

—¿Algunas ruínas romanas? —No señor: se han descubierto algunas ruínas morales, que tienen todos los caracteres de la mayor indignidad.

Los chiquillos de la Inclusa eran vendidos ó prestados á un sujeto, para que éste los explotara comiendo con ellos...

El escándalo se hizo público, y, como es consiguiente, se abrió sumario.

El hecho está comprobado, pero hay necesidad de aclarar ciertos extremos y no obrar con ligereza.

Por lo pronto, el Director de la Inclusa ha

sido suspendido de empleo y sueldo, y... se ha acordado

«Dirigir una enérgica comunicación á la superior del establecimiento, haciéndole notar que ha prescindido de ciertos trámites reglamentarios en la entrega de los niños.»

Esto es: —Señora: Usted no ha cumplido con su deber, y es cómplice de un atentado iniciado en contra de los sentimientos humanos. Si usted fuera una tía catorce, la mandaríamos de paseo; pero como esquinca, y además superiora, nos circunscribimos á llamarle á usted la atención *enérgicamente*, dejándola en el mismo sitio para que siga haciendo aquello que le dé la gana.

Ha sido nombrado juez municipal de Brenes el Sr. D. Fernando Lobo Escobar (*Lobito*), ex-banderillero y exmatador de novillos.

Como haga justicia de la misma manera que mataba, esta es, pincha que te pincha, la mitad de los juicios se le van á quedar vivos y se los van á tener que echar al corral.

Dicen desde Cuenca:

«Ha fallecido un señor completamente desconocido en esta capital, dejando 52,000 pesetas á la diputación y al ayuntamiento.

Iguales cantidades ha donado á las corporaciones análogas de Madrid.»

Completamente desconocido... ¡Ya se conoce!

Si ese buen señor hubiera sido conocido, conocería lo que son las diputaciones y los ayuntamientos españoles, y le hubiera dado otro giro á sus 52,000 pesetas.

Pero... vaya, entre dársele á los frailes y á las corporaciones populares, opto por lo segundo. Bien hecho está.

Puntilla, un revistero de toros madrileño, sabe más, ¡sabe más!...

Dicho señor fué á Bayona á presenciar la nueva salida del torero Reverte, y asegura que...

«La pierna herida, como ya dije, está un poco más delgada, notándose esto á simple vista, y el juego del pie no es completo todavía. Sin embargo de esto, salta y corre con bastante agilidad.

En fin, yo creo que tiene más facultades de las que él mismo se figura.»

¡Que es el colmo del conocimiento y de la inteligencia.

Dirá Reverte: —No puedo correr.

Y enseguida le contestará *Puntilla*:

—Está usted equivocado... ¡Si sabré yo, que soy *Puntilla*, que usted puede correr más de lo que puede!...

—Pero, *home*—dirá Reverte—¿va usted á saber más que yo, que soy el *interesao* y *er* que lleva las *cornás*? —¡Como que soy *Puntilla*!

—¡Pos *maridita* sea la *puatilla* que no le dan, se *quie* usted ir y no darme más consejos *pa* que me mate un toro, que eso lo sé yo hacer sin que nadie me lo diga!...

Cuando esta mañana abrí mi querido colega *El Liberal* de Sevilla, me quedé patético.

Su artículo ilustrado *Sevilla, estación de verano*, es una muestra indubitable de lo que se puede hacer en esta capital hermosa y caliente cuando hay buena voluntad.

¡Qué dibujos tan primorosos! ¡Qué corrección de líneas!... ¡Qué figuras tan bien escorzadas!

Aquellas tres lavanderas durmiendo, sentadas en sillas y en la puerta de su casa, debajo precisamente de un farol, es una composición arrogante, ingeniosísima... Después, la ocurrencia singular de colocar junto á ellas, á los pies, y en la misma acera de la calle, un muchacho ó un hombre—porque no dice la edad—durmiendo á pierna suelta sobre el suelo pelado, es de una realidad encantadora.

El francés—aquel tipo es francés, no tengo duda—que va persiguiendo á la muchacha con los brazos abiertos en alas, no tiene desperdicio.

Y si nos fijamos en el dibujo de la hermosa Virginia Aragón sobre el alambre—que no es alambre, sino un tranco horizontal—es cosa de no dormir esta noche tranquilo... ¡Qué formas tan redondeadas tiene esa pícarra mujer, y qué bien las ha imitado el atrevido dibujante, y qué ganas dan de pegarle un tiro!...

El puesto de agua fresca—¡digo yo que será fresca!—y el angelote tocando el acordeón ó flauta—la flauta no se le ve porque la tendrá escondida—es un cuadro viviente, de canícula nocturna.

¡Adios, *Blanco y Negro*!

¡Te veo ya arruinado, por lo menos en Sevilla!...

CARRASQUILLA.

CRONICA

POLVORA INGLESA

Es frase vulgar en España cuando se quiere significar un derroche inútil, decir: «Eso es gastar pólvora en salvas.»

Si la frase aludida tiene en todas partes el significado dicho, los ingleses son las personas que más inútilmente gastan el dinero. Aquí, en este Gibraltar que cuenta por cientos los cañones modernos, cañones que se reemplazan por otros tan pronto como los inventores de estas máquinas de destrucción salen a plaza con otra nueva que aventaje á las existentes, se hace un verdadero derroche de pólvora. Todo se anuncia «á toque de cañón.»

Mas pensando en el positivismo inglés, en su amor á la ciencia económica, cabe pensar que algo útil y provechoso para el mañana verán los súbditos del rey Eduardo en ese gastar sin tasa de la pólvora. Cuando ellos lo hacen, su objeto llevarán. No les ocurre precisamente lo que á nosotros que, cuando tenemos cañones, ó no disparan, por hallarse descompuestos, ó porque la munición falta, y cuando ésta existe, la artillería se está construyendo...

La guarnición inglesa apenas pasa semana sin que se ejercite en simulacros de defensa: un día contra supuesta armada de guerra que ataca la plaza después de atravesar intacta el Estrecho y entrar en bahía; otro, contra un ejército que pretende dar el asalto por tierra. También suelen *foguearse* con las baterías (!) españolas, que arrojan metralla desde Sierra Carbonera ó desde las alturas de la torre de San García. La previsión inglesa llega á su último límite, hasta suponer puedan ser atacados con artillería desde lugares que son de nombre españoles, pero de hecho británicos, puesto que el Gobierno inglés impide la colocación de baterías que nos sirvan de ataque y defensa.

Esos simulacros son espectáculos curiosísimos: la celebración de ellos no se avisa jamás; se hacen por sorpresa.

Tan pronto le viene en ganas una de estas *fiestecitas* de pólvora y estruendo á Sird Jorge White, aquel general que mandaba las tropas queen un principio opuso Inglaterra en el Nataal á los boers, y á quien el malogrado Joubert obligó á encerrarse más que de prisa detrás del campo atrincherado de Ladysmit, en el que resistió por espacio de seis meses, ganando con esa defensa la alta consideración y respeto de que goza entre los patriotas ingleses, se disparan desde el castillo del Hacho los cañonazos de alarma, y allá van los diez mil hombres de la guarnición en busca de trincheras y baterías, y, con una rapidez que asombra, comienza el zafarrancho de combate. Se abren las compuertas, entra el agua en fosos y contrafosos, y las detonaciones de cañones y fusiles hacen arder el peñón de punta á punta.

—No es posible—piensa el espectador—poder saltar aquella barrera de fuego, tras la que diez mil hombres convenientemente parapetados manejan modernísimas armas de guerra, armas de precisión maravillosa.

Y, sin embargo, ellos, los interesados, los propios ingleses, desconfían y temen. Los adelantados asombrosos realizados durante los últimos veinte años en la artillería han quitado á Gibraltar su título de inexpugnable. Hoy puede ser batida la plaza desde los terrenos españoles, donde el Gobierno inglés impide se coloquen baterías, valiéndose para ello de una añagaza *hallada* en la redacción del tratado de Utrech, y puede ser batida con mayores ventajas, si á los fuego de tierra auxilian los de una escuadra algo poderosa.

Y los británicos andan estos días tan desconfiados como cariacontecidos: las últimas maniobras de su poderosa armada del Mediterraneo han sido un fracaso. Las averías de muchos acorazados y cruceros impidieron que se realizase todo el programa proyectado. En cambio, la escuadra francesa realizó las suyas sin el más ligero contratiempo.

El orgullo inglés ha sufrido con esto duro golpe. Es la primera vez que les ocurre. ¡Si estuvieran como nosotros acostumbrados, no lamentarían el hecho con tanta amargura!...

En vista de lo sucedido, piensan dedicar grandes sumas del presupuesto para dar impulso á las construcciones de naves guerreras; pero la guerra del Transvaal continúa, y esa guerra es una sangría que empieza á dejar acénico el vigoroso cuerpo británico.

Los ingleses hacen derroche de pólvora, la gastan de una manera loca, pero seguramente algo útil sacarán de ello. No será, ciertamente, pólvora quemada inútilmente en salvas.

Gibraltar, Agosto, 1901.

De actualidad

San Sebastián.—A las dos y media de la tarde llegó Sánchez Pastor, á quien esperaba Almodóvar.

La combinación de gobernadores se firmará mañana.

González redacta un proyecto de reforma de la ley municipal y provincial, y el reglamento de aplicación de las mismas y el relativo á la reorganización del Ministerio.

Dicen de Cartagena que en Alumbres se ha producido un gran incendio en los terraplenes de la fábrica de explosivos, y temíase que fuera una horrible catástrofe.

A última hora dicen que se dominó el incendio y desapareció el peligro.

San Sebastián.—El ministro de Estado ha desmentido el telegrama de que llegaron á un acuerdo España é Inglaterra sobre la cuestión de Marruecos.

La familia real y Almodóvar estuvieron en Pasajes á bordo del *Giralda*, que fondeó en la Marina.

El Correo, ocupándose del dique de Subic, dice que estas obras no se consideran recibidas hasta practicar las pruebas, y es necesario, si el dique en las pruebas presenta vicio de construcción, que la casa constructora lo remedie.

Si faltan las condiciones estipuladas, no se recibirá, y se indemnizará al Estado de las cantidades entregadas.

Unos técnicos creen que el lastre del dique no se distribuye proporcionalmente, y otros atribuyen el fracaso á defectuoso sistema de apuntalamiento.

Al teniente auditor de segunda, D. Francisco Arredondo, se le ha nombrado auxiliar de la Auditoría del departamento de Cádiz.

González envió á la firma de la Reina decreto disponiendo que la administración local deje de entender en varios asuntos.

En Constantinopla aumenta la peste bubónica.

El Gobierno marroquí ha puesto á la venta el crucero de mil toneladas *Hassani*.

El rey de Dinamarca ha concedido condecoraciones al personal del ministerio de Estado.

Figuran: para Almodóvar, Gran Cruz de Diamantes de Dumbrey, y cruces de la misma orden para el subsecretario de Estado y el gobernador Barroso.

En Zaragoza, en una casa en construcción, hundióse un andamio con obreros, resultando 6 heridos.

El conflicto de Colombia y Venezuela revisa te graves proporciones.

Han sido detenidos cinco individuos que se dedicaban á cobrar abonarés de Cuba con poderes falsos. Ingresaron en la cárcel. Parece que hay complicados otros.

En Londres se comenta el rumor de que se ha convenido un arreglo entre Inglaterra y España sobre la cuestión de Marruecos, basado en el *statu quo*.

España ofrece conservar la neutralidad del Estrecho de Gibraltar.

El Emperador de Alemania ha dispuesto que dure un trimestre el luto de la corte.

El domingo serán los funerales en Kromberg y el jueves siguiente el entierro. Se depositará el cadáver en un sarcófago próximo al del Emperador Federico III.

Dicen de Panamá que los insurrectos colombianos detuvieron ayer en Matachín un tren de viajeros, quedando detenidos algunos funcionarios del Gobierno.

En Francia volcó un automóvil, cogiendo debajo á uno que lo ocupaba. Inflamóse el líquido y el depósito cayó sobre aquél, quemándole vivo.

Kitchener telegrafía que, desde el 29 de Julio al 5 de Agosto, los boers tuvieron 48 muertos, 19 heridos, 520 prisioneros y 57 presentados con caballos y armas.

En San Francisco de California, de los talleres de fundición de Shelly, ha sido robada una caja con 34.000 dólares.

Los ladrones hicieron un túnel en extensión de 100 metros desde la orilla del mar.

En Palma ha sido denunciado el periódico *La Unión Republicana* por un artículo injurioso

para la benemérita y relacionado con los sucesos de la C. ruña.

Dicen de Roma que el procurador del rey en Milán dictó auto de procesamiento contra Granotti, cómplice de Bressi.

En Filadelfia una explosión destruyó cinco casas, resultando 10 muertos y 40 heridos.

Urzaiz estudia un proyecto sustituyendo el impuesto sobre la producción por otro sobre la exportación.

Ha sido preso el autor del crimen de Soubrin.

En Almería declaróse en una choza un incendio; perecieron tres niños abrasados.

EL ÚLTIMO TAMBOR

Después del pasaje del Beresina por el mariscal Victor, que en la noche del 28 había hecho sucumbir tanta gente asaltando los puentes, los restos del ejército francés, dispersadas dos veces las huestes rusas, tomaban un poco de reposo en los alrededores de Szwegeni.

Dos oficiales pasaban á caballo envueltos en sus capas y la cabeza baja:

—¿Usted dice, coronel, que hay muchos franceses atrás, apesar de esta carnicería de los puentes?

—¡Millares! Los rezagados de todos los cuerpos. Duermen sobre la nieve, sin armas.

—Usted ha debido reunirlos.

—Imposible colocar diez mil hombres en sus cuadros.

—Sea, pero usted debía haberles dado la alarma.

—¿La alarma á los muertos?

Hubo un silencio.

—Usted sabe que él pasará mañana revista al tercero. Ney me ha encargado prevenirle. Usted desfilará á la cabeza.

El coronel se echó á reír estrepitosamente.

—¡Una revista... al tercer cuerpo!

Y al decir esto, volvióse el general impasible, y su alegría cayó como una masa inerte.

—Usted bromea.

—¡Sr. Champeaux!

—Sabredieux—grita el coronel—no hay sino un Emperador que pueda pasar la revista de esos hombres.—Y levantó el brazo al cielo.

—¡Una revista!—continuó—¡eso sería la revista de una escuadra! El tercer cuerpo al principio de la campaña contaba 35.000 hombres de infantería y 2.400 de caballería. Salieron de Moscú 10.000 hombres; ¿sabe usted cuántos quedan ahora? El no esperó la respuesta.

—Restan 130. De los caballos no hablo, porque han sido digeridos. ¿Y el coronel Champeaux sabe cuántos hombres tengo?

—Decid.

—Tengo 7, resto de un hermoso regimiento de granaderos.

El general se estremeció, moviendo su cabeza.

—¿Cuántos heridos?

—Seis.

—¿Oficiales?

—Uno y es el sano: yo.

El coronel soltó una carcajada.

—Está bien—dijo el general.—Hoy estamos á 4. Mañana, á las nueve, es necesario que el tercer cuerpo sea reunido. Busquen ese efectivo.

El coronel interrumpió bruscamente:

—¡En este desierto buscar un cuerpo del ejército!

—Bah—dijo el general—es el Emperador que lo quiere. ¿Entiende usted, Champeaux? El Emperador.—Y se perdió en la noche.

Champeaux, erguido en la nieve, reflexionó un momento.

En medio del círculo de coches y caballos atados, el ejército francés acampaba en desorden, al azar, de la marcha errante de los rezagados y del caer de los heridos. Se habían formado bandas alrededor de los fogones, alimentados por tablas podridas, tapas de cajones y ruedas rotas.

Por todas partes era un mar sin arenas de fantasmas, de tiendas por donde pasaba por instantes el soplo pesado del viento, y algunas veces el estrépito terrible de un cajón de bombas que hacía explosión. Champeaux atraviesa los grupos irresoluto, y entre hombres desolados y tristes.

—¡Una revista... una revista del Emperador, mañana! Están sucios; no tienen uniformes. Están vestidos de golpes de sables, de cueros, de mantas de caballos! Id á buscar los batallones en esta desolación!...

Y tocó al azar una espalda:

—¿Qué regimiento?

El hombre extendido dormía. Abrió un ojo...

después lo cerró pesadamente.

Champeaux saca su sable, y entrando entre las llamas que sedientas lamieron sus gruesas botas, se vuelve hacia los hombres que con las manos negras tendidas sobre los carbones de las deshelaban.

Ellos ni siquiera lo miraban... pero Champeaux comenzó á gritar la orden del Emperador, é inmediatamente que este nombre fue pronunciado, algunas cabezas se levantaron, las más viejas, y doce soldados de caballería del tercer cuerpo fueron á colocarse detrás del coronel.

—¿Tenéis caballos?

Los viejos soldados se refan.

—¡Bien, no importa!—dice el coronel.—¡Marcha!

Y continúa su camino. El y unos hombres entraban entusiastas en los hogares. Champeaux lanzaba la orden imperial, que según el grado de dificultades con que tropezaba, aumentaba por los gritos, se convertía en una especie de proclamación á las tropas. El nombre de Napoleón hizo salir de las llamas una treintena de soldados, entre los cuales había ocho granaderos.

—Entrad en las filas—dijo el coronel.

En la marcha, él golpeaba sobre los hombros dormidos. Entonces, de un gesto detena su pelotón, y todos, inclinados, arrancaban de la tierra los soldados como se arrancan pedruzcos de madera incrustados en la nieve. Los ponían de pié, y Champeaux, congestionado, repetía sin cesar:

—¡Brutos! Es por el Emperador.

Estas palabras los levantaba como si Napoleón mismo los hubiera tomado del cuello, y parecían contentos. Al cabo de cuatro horas, el efectivo del tercer cuerpo llegó á sesenta.

A media noche, el reclutamiento se volvió difícil. Un trío capaz de helar el Vesubio y las cuatro ideas de un cerebro de afebrado, tendía á los hombres á montones en los vivaqueos al medio de los tizones ardientes, mezclados, apretados, de cabeza sobre las rodillas. Para ponerlos de pié, Champeaux, transfigurado, prometía cruces. Veintinueve se pusieron de pie, eran jóvenes de la última conscripción.

—¡Vive el otro!—gritó Champeaux.—¡Marcha!

Pero su caballo no se mueve. Enervado, borroso, respirando con fuerza, el cuello tendido, husmeando á un dormido, masticaba los correajes.

—¿Quién vive?—grita Champeaux, tan inclinado que parecía colgado de su montura.

—Nadie va—dice un granadero—es un esqueleto de un soldado de artillería.

El hombre dormido no se mueve.

El coronel saca su sable. Entonces, una cabeza enérgica se levanta de un montón de nieve y dos ojos claros que miran el capote de Champeaux, exclama:

—¿Qué es lo que quiere el superior?

—Levántate.

El hombre se encoleriza, creyéndose víctima de una broma.

—Tú, ten cuidado... un paso y te ensartas coronel y todo como eres.

Champeaux recorrió todavía dos vivaques, y las tres horas, habiendo contado ciento veintinueve hombres, desespera de encontrar los otros cinco.

—¡Volvamos—dijo.

Y regresaron; pero en el camino, el coronel encuentra, entre los destrozos de un coche, un cazador que mordía sus polainas de cuero y raspaba la nieve con una pata de caballo.

—¡Síguenos—le grita la tropa.

—Yo no me incomodo cuando cómo—respondió el espectro.

Champeaux dirige sobre él una de sus pistolas y el soldado hace un movimiento.

—¡Dejadme tomar mi tambor al menos.

—¿Tú eres tambor?

—Sí.

Era un soldado joven, sin barba, de cabellos de niño.

—¿Y has guardado tu caja?

—Vedla—dijo el conscripto.—¡Pues qué! Soy tambor, tengo mi tambor. Si yo no tuviera mi tambor...

Champeaux lo levanta, lo sienta, le besa las mejillas como si fuera una mujer. Solo, en medio de un ejército en dispersión que abandona las armas, este niño que salvaba su caja, le parecía un prodigio.

¡En marcha! Y entraron en la llanura y se abrigaron debajo de los carros.

Champeaux veló hasta la madrugada.